

Capítulo 20 - Brote - El Último Orellen

Brote

Solo pasaron unos pocos días para que Arlade Glimont se cansara de la presencia de Kalen. Sus preguntas eran simples, pero interminables. Y, por alguna razón, estaba obsesionado con magnetizar la madera. No era el hobby más aburrido que había visto entre los practicantes. Había aquel muchacho en Kler que había pasado casi treinta años experimentando con diferentes dioptrías de lentes de cristal de sol...

Pero aún así, ¡era poco estimulante!

Sin duda, el chico estaba destinado a convertirse en uno de esos viejos cascarrabias que viven en una torre húmeda, rodeados de gatos nerviosos y cosas inquietantes en frascos.

Ahora, sin embargo, parecía un niño demasiado entusiasta. Y claramente esperaba que compartiera con él un libro básico de encantamientos. Arlade habría querido darle una biblioteca entera de esos si él simplemente la dejara en paz. Pero ella solo había practicado la hechicería a nivel superficial y no llevaba consigo ningún pergamino sobre el tema, mucho menos de esos para principiantes.

Apenas podía darle los libros que tenía. Incluso los que había traído para Zevnie eran textos esotéricos de magia corporal y mental, que en realidad solo eran útiles para el entrenamiento específico que su aprendiz hacía esa temporada.

La gota que colmó el vaso fue cuando Arlade estaba en la playa, intentando invocar una variedad local de moluscos para examinarlos en busca de anomalías mágicas. Hace veinte años, podías adentrarte en el agua justo en ese lugar y recoger un balde de esas criaturas pequeñas y hambrientas de maná, pero los pescadores decían que ahora eran más difíciles de encontrar.

Eso requería estudio.

Invocar moluscos era casi imposible para Arlade, aunque el muchacho no podía saberlo. Ella tenía poca habilidad con los animales en general, aún menos con invocarlos, y estos animales eran básicamente almejas con tentáculos. Incluso si el hechizo funcionaba, no se movían precisamente rápido.

“¿Eso qué es?” preguntó Kalen, deslizando su dedo por justo el lugar equivocado en su diagrama de invocación en el momento menos oportuno.

“¡Zevnie!” gritó Arlade con un tono agudo mientras su trabajo se desplomaba alrededor de ella.
“¡Zevnie, lleva a Kalen lejos y enséñale algo!”

O le entregaba su ayudante, o ese pequeño incordio le iba a sacar una mano. No había otra opción en ese momento.

Nanu soltó una carcajada al ver que Kalen entraba en su casa esa tarde, con cara de haber sido empapado por la tormenta.

“¡No es divertido!” dijo, inflando el pecho. “Solo quería acelerar todo, y ahora estoy atrapado con esa... esa... mujer altanera!”

Nanu se carcajeó y secó las lágrimas de risa de sus ojos. “¡No puedo creer que hayas arruinado a propósito un hechizo de un hechicero! Tienes más coraje que sentido común.”

Kalen se estremeció. “No lo arruiné a propósito. Solo iba a interrumpirlo un poquito. Pensé que ella podría seguir lanzando porque es una hechicera.”

“Bueno, ya lo hiciste, pequeño,” dijo Nanu. “Te vi recorrer todo el pueblo esta tarde con esa chica pegada a ti más que las escamas de un pez.”

“Incluso no puedo dormir sin ella,” dijo Kalen con un sobresalto. “No puedo demostrarlo, pero creo que ella no duerme solo para mirarme toda la noche.”

“Estoy segura de que eso es el comienzo de algo terriblemente romántico. ¿Cómo lograste escapar esta vez? ¿O deberíamos esperar que ella entre de repente por la puerta en cualquier momento?”

Ella se baña completamente en el barreño cada día. ¡Con el agua tan caliente que asombra que aún le quede piel en el cuerpo!

Zevnie llenaba el barreño ella misma todas las noches, así que nadie podía realmente quejarse. Se había alegrado mucho cuando vio el recipiente con sus círculos de magia pintados en el calor que encajaban entre sí, que incluso cantó una canción al llenarlo por primera vez.

Tenía una buena voz, para ser una espía malvada. Porque eso era, en opinión de Kalen. Nadie la vigilaba tan de cerca como la aprendiz del hechicero, y Shelba era su madre.

Kalen no sabía qué pensar al respecto. Estaba seguro de no haber hecho nada demasiado sospechoso desde que Zevnie llegó a la isla. Había sido tan cauteloso al usar su poder que su piel casi se le erizaba, como si tuviera acumulación mágica en exceso, cosa que debía asumir.

Incluso hoy, cuando Zevnie interpretó las órdenes de su amo de "enseñarle algo" como excusa para someter a Kalen a un extraño ejercicio de practicante, él se había propuesto rendir poco.

-¿Y qué te enseñó entonces? —preguntó Nanu con curiosidad, tomando un sorbo de su taza de té.

-Dijo que era hacer girar. Es como empujar tu magia adelante y atrás a través de ti mismo sin dejar que forme un patrón o escape para mezclarse con la magia del ambiente. Ella dijo que todo practicante debería comenzar a hacerlo desde que tuviera edad suficiente para mover magia...

Miró a su maestra con duda.

-Sí, creo que lo he oído mencionar de pasada —dijo Nanu frunciendo el ceño—. Lamento no poder enseñártelo yo misma. Nunca lo he visto en un libro, y mi propio maestro nunca me enseñó. Quizás sea una técnica moderna. O alguna que aprenden en las familias de wizards y luego no comparten fuera de ellas.

-Es... es bastante sencillo. Puedo enseñártelo si quieres. Pero Zevnie dice que es algo incómodo.

Debería ser incómodo si lo hacías bien, de todas maneras. Zevnie decía que la clave era mover la magia rápida y fuerte, de modo que doliera “como los primeros dolores de estómago, no como si alguien estuviera vertiendo ácido por tus caminos.”

Temeroso de que la chica mayor de alguna forma pudiera detectar el poder que Nanu le aseguraba que tenía, Kalen agitó su magia dentro de sí mismo con poca decisión. Si le había hecho algo, no podía notarlo. Probaría de verdad esa noche, si podía estar seguro de que su vigilante estaba dormido.

Nanu negó con la cabeza. —No te preocupes por mí, pequeño. No soy demasiado mayor para aprender trucos nuevos, pero ahorraré mi energía para aprender los que realmente me hacen cosquillas en los pies. ¿Viniste a verme porque extrañas tus libros?

Ella hizo una señal hacia la caja donde ahora estaban escondidos los libros y pergaminos de Kalen, junto con los de ella. Él la miró con ansia, luego negó con la cabeza. —Si los intento leer, solo me provocará más ganas. Primero debo encontrar la manera de librarme de ella unos días. Aquí te dejo esto.

Tenía en la mano su moneda. Estaba cubierta por la funda de hueso tallado que Dort le había hecho años atrás, pero con Zevnie tan cerca, Kalen empezó a preocuparse por que ella la viera y preguntara. Podría mentirle acerca de qué era, pero por lo que sabía, ella quizás tuviera sentidos mágicos extraños que descubrirían la verdad.

—Le pregunté si debía dejarlo contigo, y ella dijo que sí —le informó Kalen a Nanu.

—Pues, hagamos lo que ella dice, —dijo la anciana con sequedad.

Nanu no creía mucho en esa moneda. Kalen tampoco estaba seguro, pero Tomas Orellen había mencionado tantas veces que era incorrecto confiar en ella, que nunca estaba completamente seguro de si funcionaba. Si sólo acertaba un poco más de la mitad de las veces, ¿no era eso aún mejor que una moneda normal?

Kalen guardó la moneda en el baúl de libros de Nanu, deslizando entre las páginas de *Cantrips del Hechicero Brou*. Dejó que sus dedos permanecieran en la portada y decidió escapar tan pronto

como pudiera de la mirada vigilante de Zevnie.

La aurora parecía haber alcanzado su máxima intensidad en los últimos días. Seguramente no tardaría en comenzar a menguar otra vez. Kalen no podía dejarlo así sin al menos intentarlo, “Para mover el aire” unas cuantas veces más.

—Nanu —dijo Kalen con dudas—, ¿estás segura de que soy un poderoso wizar?

Su maestra gruñó mientras bebía de su taza. —Estoy segura de que eres más poderoso que yo. Y también más fuerte que mi maestro.

—Es solo que... Zevnie parece estar muy por delante de mí. No solo en lo que sabe, sino en la forma en que lo hace. Es realmente rápida —.

—¿Otra vez el círculo de calentamiento? —preguntó Nanu.

No era la primera vez que Kalen abordaba el tema con Nanu. —No entiendo por qué no puedo formar el patrón de activación tan rápido como ella. Solo es uno simple. Pero si intento hacerlo más rápido, mi magia se confunde y tengo que empezar de nuevo —.

—Has mejorado con la práctica a lo largo de los años. Lograrás ser aún más rápido con más tiempo. Recuerda que Zevnie es mayor que tú y, sin duda, ha sido entrenada por su familia desde antes de poder hablar —.

¿Es eso todo? —quería preguntar Kalen—.

Pero sabía que había límites en el conocimiento de Nanu. Si quería una respuesta, tendría que preguntar a Zevnie o al Hechicero Arlade. Y correría el riesgo de captar su interés. Quizás su problema era solo la falta de práctica o de talento natural, y eso sería todo. O quizás Nanu tenía razón, y él era poderoso, y algo inusual ocurría en su interior.

Arlade parecía amable. Era simpática y bastante paciente, e incluso iba a intentar ayudar a los padres de Kalen gratis. Tenía ahorrado un saco de monedas para pagarle por sus esfuerzos, y ella lo había rechazado sin dificultad.

Pero también era obsesiva con su trabajo. Kalen la había observado de cerca y le había preguntado tantas veces como se atrevía, y había llegado a la conclusión de que buscaba aprender sobre anomalías mágicas para, en última instancia, hacer algo relacionado con la magia de la grieta.

Y pensaba que Zevnie era tanto un sujeto de investigación como una aprendiz. Algunos de los extraños instrumentos de medición que la hechicera había traído tenían forma de pulseras o collares, y no era raro verla usarlos y tomar notas en un pequeño cuaderno que llevaba en el bolsillo de su abrigo.

Kalen podía imaginarse a Arlade secuestrándolo amablemente de su familia y llevandoselo consigo para estudiarlo de la misma forma.

Le dio un escalofrío. Se sentía tentado por su conocimiento, pero no tanto como para dejarse llevar.

—No importa —le dijo a Nanu—, lo resolveré yo solo, estoy seguro. Solo tengo que seguir intentando.

Esa noche, Kalen fingió estar dormido hasta estar seguro de que Zevnie no fingía su sueño.

Su molesta compañera de habitación no roncaba, pero su respiración se volvió más profunda cuando finalmente cayó en un sueño profundo. La respiración profunda ocurrió mucho más tarde que el momento en que su cuerpo se quedó quieto y dejó de moverse entre la innumerable cantidad de mantas.

Sabía que ella permanecía despierta, observándome en secreto.

Kalen tendría que preguntarle a su familia si realmente practicaba la respiración profunda mientras dormía, o si roncaba. Quería asegurarse de fingirlo correctamente en el futuro.

Se deslizó fuera de la habitación, esquivando cada crujido del suelo con memoria, y salió sigilosamente de la casa, deteniéndose solo unos minutos para observar un cuenco de oro y cristal que Arlade había dejado junto a la fría chimenea. Cuando Kalen concentraba su mente y hacía circular su magia, podía ver motas de energía mágica acumulándose en el cuenco.

Era fascinante, pero no se atrevería a tocarlo por miedo a que el hechicero se diera cuenta.

La distancia parecía la opción más segura, así que cuando estuvo afuera, siguió caminando. Se adentró en el bosque oscuro, siguiendo el sendero irregular que llevaba hacia su roca. Cuando llegó lo suficiente lejos como para que quizás no escucharan su grito en el pueblo, se acomodó en el suelo cubierto de agujas, con la espalda apoyada en el tronco de un pino alto.

La poca luz dificultaba la visión. El resplandor de la aurora apenas era perceptible a través de las ramas, pero eso no importaba. Kalen estaba acostumbrado a acampar, y por primera vez en días, sentía que podía respirar con libertad.

Finalmente. Aquí, no había nadie a quien esconderse. No tenía intención de regresar a casa hasta el amanecer. Si estaba agotado al día siguiente, simplemente dormiría durante el día. Que Zevnie espía su cuerpo inconsciente en lugar del que está despierto. Ella merecía el aburrimiento.

Sin provisiones, Kalen tenía limitaciones en lo que podía conjurar. Entonces practicaba su técnica de respirar con tranquilidad. Era más difícil—mentalmente—hacerlo cuando no estaba bajo el agua. La presencia de tanto aire cómodo resultaba demasiado tentadora.

Cuando se cansó de eso, recitó el conjuro de enfriamiento de agua sobre una raíz de árbol para ver qué pasaba. Tras unos diez o más hechizos en casi una hora, pensó que la raíz se sentía algo más fría al tacto.

No era la hazaña más impresionante, pero a Kalen le importaba poco. El proceso le proporcionaba una auténtica alegría. Absorbía la magia, la modelaba, la hacía fluir nuevamente en sincronía con el conjuro. Y luego lo repetía. Cuando terminó con la fría raíz del árbol, finalmente se sintió más él mismo.

Con un suspiro satisfecho, liberó la última tensión que le quedaba.

En la reunión con Nanu, Kalen había añadido notas a su grimorio sobre las habilidades que había visto hacer a Arlade y que quería intentar por sí mismo. Pero no era un proyecto que pudiera realizar rápidamente. En cambio, adoptó una postura de meditación habitual—acostado sobre el suelo, con las piernas flexionadas y los brazos extendidos, con las palmas hacia abajo.

Una descripción no muy detallada de la meditación que Kalen había leído al comenzar su práctica le había llevado a pensar que esa era la postura correcta. Nanu nunca le corrigió esa idea. Y él se negó a cambiarla solo porque Zevnie le dijo, con tono escandalizado, que parecía un bañista en lugar de un practicante verdadero.

Nada que irritara al aprendiz de mago tuviera que ser necesariamente algo negativo.

Cuando se sintió completamente cómodo, empezó a practicar la técnica que ella le había enseñado esa misma tarde. Girando.

Zevnie había hecho que pareciera que la magia debía moverse de un lado a otro, formando un barrido, hasta que las vías por donde circulaba adolecieran de fatiga. Ella había mencionado que existían diferentes niveles para esa técnica, y que los practicantes avanzados lograban que la magia fluyera en un movimiento suave y en espiral.

Había señalado que Kalen era demasiado inmaduro e ignorante para entender por qué la espiral era importante. Y él había aceptado esa impresión, aunque le incomodaba. Pero suponía que tenía algo que ver con extraer grandes cantidades de magia a través de sus caminos de manera más rápida. O con practicar un control preciso sobre ella. Probablemente ambas cosas.

De cualquier modo, aún le quedaba mucho camino por recorrer.

Kalen agitó su magia siguiendo las instrucciones de Zevnie, pero no le resultaba tan fluida como ella había descrito. Los dos flujos principales de magia dentro de él—lo que a veces pensaba como los ríos principales—no estaban conectados entre sí en ningún punto.

Aunque se enredaban y se cruzaban en complicados nudos, en las pocas ocasiones en que había tenido la concentración y la voluntad de seguir cada camino retorcido hasta su fin, había descubierto que esos dos flujos principales no se intersectaban en ningún lugar.

La estructura de maná de Kalen se ramificaba un centenar de veces en ríos, luego en otras cien corrientes más pequeñas, y posteriormente en hilos aún más finos de magia que se sentían tan delgados como hilos de seda.

Estos hilos eran las únicas partes del sistema que se podían manipular con facilidad. Y eran los que se usaban para definir la forma fundamental de un conjuro, ya fuera un patrón mágico, una runa de activación o una trawning.

Zevnie había dado a entender que un practicante debería poder mover su magia de un lado a otro en toda esa red interna de una vez. Y Kalen podía hacerlo, aunque parcialmente. Pero tenía muchos pequeños bolsillos de quietud—nudos internos demasiado enredados y tributarios olvidados que estaban demasiado alejados del resto del sistema para ser afectados por un empuje o jalón general de su magia.

Estos debían ser manipulados de forma separada. Por eso, le tomó un buen tiempo recorrer toda esa red, activando cada parte y agitándola como le habían indicado.

Era un ejercicio interesante, aunque imaginaba que eso cambiaría si lo practicaba a diario. Zevnie dijo que cualquier mago que estuviera por debajo del nivel de aprendiz debería hacerlo con esa frecuencia si quería desarrollarse correctamente.

Pero Kalen no lograba comprender qué utilidad tenía ese proceso para él.

Ni siquiera lograba que sus caminos sintieran esa fatiga que Zevnie describía, salvo cuando soplaba magia en ellos con tanta fuerza que parecía intentar limpiar un tapón en la nariz. Eso, seguramente, no era lo que ella le había pedido hacer, ¿verdad?

A Kalen no le agradaba demasiado esa muchacha, pero, como ella le había recordado varias veces, había recibido una formación extensa antes de convertirse en aprendiz de Arlade. Ella solía describir los procesos—especialmente aquellos relacionados con la magia—con mucho más claridad y precisión de lo que él era capaz.

Y “un suave movimiento de desplazamiento” no se parecía en nada a una exhalación potente.

Incluso si la técnica fuera exactamente como ella la había explicado, Kalen no entendía por qué los practicantes principiantes como él necesitarían dominar mejor el movimiento de la magia a través de los caminos. No estaba seguro, pero creía que era más urgente controlar con mayor rapidez las hebras de patrón de su magia, en lugar de regular el flujo general de la magia hacia esas hebras.

Al menos en lo que respectaba a su trabajo hasta ese momento.

¿Estaba haciendo mal al practicar? ¿Sería porque sus libros estaban viejos? ¿Por qué Zevnie aprendía mucho más rápido que él?

Quizás esta técnica de gyring era, de alguna manera, la clave, aunque no lograba entender cómo podía serlo.

La idea de no poder preguntar sin traicionarse a sí mismo lo volvía locamente frustrado.

Lo único que podía hacer era esforzarse más, decidió, imprimiendo esa determinación en su corazón. Seguiría intentando hasta descifrar el misterio.

—¿De verdad vas a dormir toda la mañana otra vez? —preguntó Zevnie al despertar unas mañanas después, observando a Kalen con expresión molesta, con los brazos cruzados sobre su túnica.

—Mmm...¿por qué no? —balbuceó Kalen, todavía adormilado.

—¡Sé que sales a escondidas por la noche! —exclamó ella. —¡Esperas a que me duerma y luego te escabulles para hacer algo!

—No es escabullirse, porque no hago nada malo —replicó Kalen.

—Merodear por la noche como un ladrón es conducta sospechosa.

—Eso no lo es cuando lo haces en tu propia casa —puntualizó Kalen—. Tengo permiso para salir de mi habitación y hacer cosas en mi hogar, sin importar la hora que sea.

Las manos de Zevnie se cerraron en puños. —¿Pero qué haces exactamente?—.

¿Por qué debería decírtelo? Pero no había razón para ser hostil. Últimamente había descubierto que Zevnie se sentía más perdida cuando él se mostraba conciliador.

—Si querías saber, simplemente podrías haber preguntado —dijo Kalen con tono tranquilo—. Yo voy al bosque a practicar gyring, tal como tú me enseñaste.

Zevnie pareció sorprendida. —¿De verdad?—.

—Sí.

—¿Pero por qué?—.

—Dijiste que era una técnica importante, que debería haber estado practicando desde hace años. No quiero quedarme atrás.

—Yo... sí, es... puede ser una técnica importante. Pero, ¿por qué prácticas en la noche?—.

—Porque en la noche todo está más tranquilo y tengo mucha más privacidad. Estoy acostumbrado a practicar magia solo, y no puedo concentrarme bien cuando tú estás cerca.

Sus brazos cayeron perezosamente a sus lados y la miró fijamente. —Oh. Eso... no se me ocurrió. Lo siento mucho. —.

Kalen, que en ese momento fingía un bostezo dramático, lo cortó y se sentó en su colchón para verla mejor.

Las mejillas de Zevnie se sonrojaron aún más y su expresión se tornó claramente incómoda.

¿Qué le pasa a ella? Kalen había gritado antes a la aprendiz y no había recibido esa reacción.

—Está bien —dijo, intentando disimular su confusión—. Solo no estoy acostumbrado a vivir con otra practicante. La mayoría de la gente no suele gustar mucho de ver magia por aquí, así que me acostumbré a hacer las cosas solo.

Era verdad, se dio cuenta. Aunque esa no fuera su principal razón para evitar a Zevnie, realmente no le gustaba que alguien juzgara constantemente sus esfuerzos mágicos. Incluso cuando fingía ser incompetente, eso lo hacía sentirse cohibido.

—Sí, lo entiendo —dijo ella con tono rígido—. He sido... más grosera de lo que pretendía.

—¿Entonces querías ser un poco ruda, en ese caso? —preguntó Kalen.

Zevnie le dirigió una mirada de reproche. —¡Duérmete, si estás tan cansado! —dijo irritada—. Tengo que ayudar a mi maestro a estudiar cómo afectan los magos de rift a los cerdos de tu familia. Y también he estado descuidando demasiado mi propia práctica.

Ella salió del cuarto sin dejarle preguntar cómo era esa suya.

“¡Si le haces algo a Sleepynerth, te prenderé fuego!” gritó tras ella.

Zevnie

Zevnie escuchó el grito de Kalen y suspiró mientras bajaba por la estrecha escalera hasta la planta baja de la cabaña. De alguna forma, tendría que esconder al cerdo enormemente gordo del Maestro Arlade, o bien hacer una fuerte apelación en su favor.

El Sleepynerth del chico (qué nombre tan desconcertante), era uno de los más viejos, y Jorn les había dicho que también era el más productivo. Por supuesto, sería el cerdo que su amo querría estudiar.

Zevnie no estaba completamente segura de qué experimento había decidido al final el hechicero. Algunos eran inofensivos, otros requerían que algunos cerdos se convirtieran en... carne de cerdo. Sin embargo, Arlade no era completamente insensible. Seguramente, si Zevnie le recordaba que el cerdo en el que estaba interesada era una mascota en lugar de un animal de granja como los otros, sería perdonado.

Y tu valioso tiempo lo has estado desperdiciando temiendo a un muchacho de granja con un cerdo mascota, susurró su mente.

Hizo una mueca de incomodidad, y uno de los primos de Kalen, que estaba a punto de pasar junto a ella hacia la escalera, se giró y se alejó corriendo como si estuviera a punto de lanzarle un hechizo. Agricultores. Marineros. No forman parte del mismo mundo que tú. Ni siquiera Kalen.

Él había estado practicando gyring por las noches en lugar de dormir.

La culpa le atravesó el pecho como una garra afilada.

No era que hubiera mentido al decir que muchos practicantes estudiaban esa técnica. En la clan de Zevnie, te enseñaban casi tan pronto como dejabas los pañales. Pero las ánforas eran un caso particular. En otras familias, esas técnicas se enseñaban solo a niños que demostraban ser excepcionalmente talentosos. Tomaban tiempo en dar frutos, y era un esfuerzo en gran parte inútil para quienes no estaban destinados a alcanzar los rangos superiores de magos.

Y, a menos que Kalen escondiera alguna habilidad prodigiosa, nunca alcanzaría esas alturas. Se podía aprender a ser un buen mago en cualquier momento de la vida, pero los grandes magos y los que estaban por encima, usualmente comenzaban su desarrollo desde temprana edad.

Había excepciones, pero no crecían en islas como Hemarland.

Por no mencionar que quizás gyring ni siquiera fuera la técnica adecuada para un hechicero. Probablemente no lo era. Zevnie no lo sabía. Solo había mencionado esa lección a Kalen porque era fácil de enseñar y aburrido de practicar, y no quería que él tuviera demasiado diversión.

“¡Ah, ahí estás, Zev, querida!” saludó la Maestra Arlade a Zevnie en la cocina. Tenía un plato lleno de regañadas en una mano y uno de sus muchas sondas de maná en la otra. “¿Has tenido suerte rompiendo tu bloqueo?”

Lo preguntaba cada mañana durante el desayuno, con la puntualidad de un reloj nacreato. Algún día, si el hechicero no desistía, tal vez Zevnie podría dar una respuesta que no avergonzara a su clan. “Lo siento, Maestra Arlade. No he tenido suerte.”

Arlade asintió. “No hay de qué preocuparse. Desarrollaremos un nuevo conjunto de lecciones para ti cuando salgamos de aquí. Me gustaría que visitáramos juntos uno de los puntos de convergencia continental más inusuales. El problema es que esas cosas están tan lejos que es difícil alcanzarlas. Para cuando volvamos, quizás tenga que expulsar a los portalistas que aún queden en cuevas como murciélagos.”

“¿Seguramente algunos países seguirán manteniendo la esperanza para ellos?”

Su maestra mascaba pensativamente un trozo de tocino. “Bueno, sí. Aún por un tiempo. Son un activo valioso, y no todas las grandes potencias están dispuestas a perder la cabeza por un pequeño contratiempo profético. Pero las familias practicantes en el continente están llenas de histericas sedientas de poder. No como nosotros, los sensatos habitantes de la isla.”

Zevnie no creía que la mayoría de los habitantes de la isla consideraran a Arlade y su clase entre sus semejantes. Después de todo, estaban las islas... y después, el Archipiélago.

“He recibido un mensaje de Eliyah que dice que el Imperio Osumun finalmente se rindió a la presión de los Leflayrs y los Feroses. Han declarado a los Orellens enemigos del estado. Lo que quedó de su enclave familiar tras su evacuación apresurada ha sido destruido.”

El hechicero parecía algo emocionado al pensar en ello. Zevnie estaba segura de que era porque Arlade iba a tener dificultades para desplazarse de país en país como un colibrí en busca de néctar en el futuro, y no por ninguna simpatía particular hacia los portalistas acosados del continente.

"El Imperio es cobarde," dijo Zevnie.

"Bueno, recuerda que los Leflayrs tienen un Mago propio. Aunque sea un bastardo odioso. Seguramente amenazó con quemar la capital imperial o prenderle fuego al harén del emperador o algo igualmente sin imaginación."

Como siempre que hablaba de un Mago, las líneas alrededor de los ojos de la Alta Hechicera Arlade se profundizaban. Por lo general, mostraba algo de cautela. Pero ahora, miraba hacia la distancia más allá de lo que los ojos de Zevnie podían alcanzar, y murmuró: "Algún día le enseñaré métodos más novedosos. Quizá presentándole su propio corazón latiendo."

Zevnie miró rápidamente a su alrededor para asegurarse de que ninguna de las personas de la familia normal y amable que vivía aquí pudiera oírlo. Por suerte, no estaban cerca. Ansiosa por cambiar de tema a algo menos sangriento, preguntó rápidamente: "Por cierto, ¿crees que sería apropiado que un encantador aprendiera a gyrrar? ¿O tal vez sería mejor explorar otra técnica de desarrollo?"

Arlade sonrió y negó con la cabeza. "¿Quieres decir para Kalen? Sin duda, es un aprendiz entusiasta. La otra noche lo sorprendí asomándose entre mis pergaminos con una expresión de desconcierto en su pequeño rostro. Pero no es el tipo de muchacho que podría aprovechar alguna técnica de desarrollo. Ya es demasiado mayor para eso. Y la gyrración—especialmente la versión que practica tu familia—no sería adecuada para un joven encantador en cualquier caso."

El estómago de Zevnie se contrajo. "Oh. Claro."

Arlade apenas consideraba a Kalen en ese momento. Eso era algo bueno. Pero ahora Zevnie se sentía más culpable que nunca por haberle enseñado esa técnica.

"Entiendo que te resulte difícil decidir qué hacer con él. Es complicado cuando alguien no tiene una base sólida sobre la cual edificar. No le hagas perder demasiado tiempo en ello. Solo muéstrale algunos de los runas más obscuras que hayas aprendido. A los encantadores les encantan las runas."

Zevnie claramente había cambiado de opinión respecto a Kalen, aunque no entendía por qué. Se agachó tras un mechón de hierba marina, espiándola. Era un giro extraño en los acontecimientos, porque ella había dejado de espiarlo días atrás.

El aprendiz ayudaba a Arlade a montar un diagrama elaborado, formando el patrón solo con piedras de la playa, y solo de un color específico. Parecía un trabajo tedioso y agotador, pero Zevnie se esforzó en ello con una expresión tranquila.

No había estado enojada últimamente. De hecho, había sido excepcionalmente dulce con Kalen. Le había dado un cuaderno lleno de nuevas runas para aprender, escrito a mano por ella, e incluso le había explicado algunas de las teorías básicas acerca de por qué generalmente se colocaban en ciertos órdenes.

Aunque Kalen no sentía interés por las runas en sí mismas, siempre le resultaba frustrante no comprender el motivo detrás de su colocación. Aparentemente, generalmente tenía que ver con la jerarquía elemental, un concepto que aún trataba de entender del todo.

Agradecía la ayuda, pero eso no era más que una distracción. La verdadera cuestión era que Zevnie había cambiado. De repente y por completo. Y aunque para Kalen eso era motivo de alegría, se preguntaba qué había hecho para que ese cambio sucediera.

Bueno, puedes guardar tus secretos para ti, pensó mientras Zevnie colocaba otra piedra. Yo me voy.

La aurora se estaba desvaneciendo, en realidad ahora. Según Arlade, en una semana desaparecería por completo. Y Kalen había obtenido permiso de sus padres y de Nanu para ir al peñasco, aprovechando estos últimos días mágicos antes de que la vida volviera a la normalidad.

Lo que Zevnie hubiera planeado, no tendría tiempo de llevar a cabo. Con la magia menguando, su maestro había declarado esa misma mañana que ambos trabajarían desde el alba hasta la medianoche todos los días.

Si Zevnie siquiera tenía energía para preguntarse adónde había ido Kalen, su familia diría que había salido a estudiar sus nuevas runas en paz.

Kalen esperó en silencio, hasta que el hechicero y su aprendiz estuvieron sumidos en una profunda discusión sobre una intersección específica en su patrón de piedras, para así retirarse. Cuando alcanzó el borde del bosque, su paso era ligero, casi alegre.

La mochila a su espalda estaba llena de libros y suministros mágicos que había recuperado en la casa de Nanu.

Se preguntaba si su peñasco lo había echado de menos.

Zevnie

—Disculpa —dijo Zevnie, conteniendo un bostezo mientras pasaba junto a la pequeña niña de cabello rojo, en dirección a los servicios exteriores. La luz del amanecer comenzaba a teñir el cielo detrás de las montañas cubiertas de árboles con un rosa pálido. —¿Sabes dónde está Kalen? No lo he visto en dos o tres días.

Incluso pudo haber sido cuatro. Había estado trabajando tan arduamente para mantenerse al día con el maestro Arlade, que los días empezaban a mezclarse en uno solo.

La niña—lless—mordió nerviosamente su labio inferior.

Bueno, algunas personas temían a los practicantes. No se podía evitar. Pero Zevnie no había pensado que lless fuera una de esas. Parecía más amigable y más curiosa respecto a Zevnie y Arlade que los otros niños del pueblo.

Le sonrió a la niña con ánimo. —Tengo un regalo para Kalen. Le hice un libro para ayudarle con su encantamiento.

Había estado trabajando en ello en cada momento libre. Seguía intentando aliviar su culpa por el mal consejo que le había dado acerca del gyring. Probablemente, hubiera sido más sencillo disculparse y decirle que esa técnica no servía para él. Pero Zevnie no podía imaginar cómo hacerlo sin decir algo que desanimara sobre las futuras posibilidades del niño como practicante.

Así que, en su lugar, revisó la colección de textos de Arlade, buscando pequeños fragmentos útiles y sencillos que pudieran ayudarlo.

—Él está en su peñasco —dijo finalmente lless—. Va allí a estudiar. Quería privacidad para practicar las nuevas runas que le diste.

—¿Su peñasco?

—Kalen tiene un peñasco en el bosque. A veces acampa allí.

Al preguntar más, obtuvo la molesta información de que aquel peñasco estaba horas a pie del pueblo y que Kalen no regresaría en unos días.

—Tomaré el libro por ti —dijo lless de repente, enderezando su postura—. Conozco el camino al peñasco. Se lo llevaré a Kalen hoy mismo.

“Estoy segura de que tus padres no querrían que emprendieras un viaje tan largo sola,” dijo Zevnie con sorpresa.

“¡Lo hago todo el tiempo!” exclamó lless en voz alta, poniendo las manos en las caderas. “Apuesto a que lo he hecho cientos de veces. Me encanta viajar sola por el bosque. ¡Ni siquiera hay lobos del lado de estas montañas! Y si los hubiera, también me encantaría eso.”

“Ya veo,” dijo Zevnie, aunque en realidad no lo comprendía. No podía creer que dejaran salir a Kalen solo, y esa chica era mucho más joven. “Lo tendré en cuenta. Tal vez espere a que regrese para darle el libro.”

“Eso sería buena idea,” dijo lless. Sus manos seguían firmes en su lugar, y su pequeña mandíbula sobresalía. “A Kalen le gusta estar solo en su roca. La privacidad es importante para los wizarns. Pero si no quieres esperar, entonces deberías enviarme con el libro en lugar de ir tú misma. Porque

estás ocupada con tu maestro, y entregar libros en la roca es algo que hago muchas, muchas veces.”

Zevnie sintió miedo de que la niña exigiera un juramento solemne, así que asintió rápidamente y se dirigió con rapidez hacia el retrete.

Qué niña tan intensa. Cercana a la hermana de Zevnie, le recordaba.

“¿Una roca?” dijo Arlade más tarde esa mañana cuando Zevnie mencionó el asunto. Acababan de colocar uno de los cuernos de monitoreo del hechicero junto a un árbol con una forma extraña, que parecía absorber más maná que sus vecinos.

“¿Algún lugar sagrado local que haya sido abandonado durante años?” dijo Zevnie. “Pensé que tal vez deberíamos inspeccionarlo.”

“¡Ah! Esa roca. Sí, la he visitado varias veces en viajes anteriores. Generalmente, los monumentos antiguos tienen algo anómalo desde el punto de vista mágico, pero esa vieja roca es simplemente una roca. Probablemente descendió por una ladera en un antiguo deslizamiento.”

“Si quieres, puedo llevar el equipo y volver a probarla, por si acaso...”

Arlade la miró con sorpresa. Por lo general, Zevnie no solía ofrecerse para salir a realizar experimentos por su cuenta. De repente, la hechicera soltó una carcajada. “¡Zevnie, qué inesperadamente adorable! Quieres entregarle ese pequeño libro a Kalen en persona, ¿verdad?”

“No. Solo pensé... no será tan útil para él una vez que la magia del rift se haya esclarecido. Y no estaba segura de cuándo exactamente partiríamos ni cuánta ayuda necesitaría para comprender lo que escribí...”

Arlade le regaló una sonrisa indulgente. “Ve,” dijo.

“¿Qué? ¿De verdad?” preguntó Zevnie sorprendida.

“Eres tan seria y, francamente, bastante desagradable la mayor parte del tiempo,” dijo Arlade, haciendo un gesto con la mano como para ahuyentarla. “Si vamos a seguir viajando juntas durante otro año de contrato, creo que deberías fomentar ese repentino mostrar de afecto humano. Así que, ¡marchándote! Partí.”

Otro año de contrato. Sus palabras resonaron en Zevnie, tan alegres como campanas de celebración. Apenas podía creer que las hubiera oído.

“Yo... sí. ¡Maestra, gracias! ¡Te haré sentir orgullosa! Lograré lo que ninguna ánfora ha conseguido antes, y yo—”

“¿Vas a visitar a Kalen en su roca?”

“No tengo que ir,” dijo Zevnie de inmediato. “Podría limpiar tus instrumentos otra vez. Podría—”

“¿Podrías actuar con amabilidad y sociabilidad como una niña normal de catorce años que sabe cómo divertirse de vez en cuando? Perfecto.”

“Correcto. Haré eso. ¡Y seré muy rápida! Podré volver esta misma noche.”

“Por favor, no lo hagas. Kalen podría seguirte a casa, y necesito al menos unos días de paz y tranquilidad antes de que vuelva a merodear. ¿Sentiste que nos miraba desde detrás de los arbustos el otro día? Muy molesto. Así que... va de acampada. Aprende a divertirte.” Arlade hizo una pausa y añadió, “Y trata de no congelarte, pequeña flor de invernadero.”

Zevnie apenas se atrevía a acercarse, temerosa de que algo pudiera cambiar la decisión de Arlade en su ausencia. Pero no podía exigir que su ama detuviera su trabajo ni que formalizara el contrato en ese mismo instante. Y no podía quedarse cuando le habían ordenado que se fuera.

¿Practicar la socialización? ¿Soy realmente tan difícil de tratar?

Zevnie salió corriendo hacia la casa para recoger algunos suministros y el libro que había elaborado. ¡Socializaría con Kalen de tal manera que él nunca desearía que se fuera! ¡Pero ella lo haría! ¡Lo haría!

Un año más de contratación. No había avergonzado tanto a sí misma ni a su familia como temía.

La alegría—acompañada por un doble estremecimiento que fortalecía las piernas y aumentaba el flujo sanguíneo—llevó a Zevnie con prontitud por el áspero sendero del bosque hasta su destino.

Después de una hora, el bosque empezó a inclinarse aún más hacia arriba y el sendero quedó tan cubierto de maleza que Zevnie tuvo dificultades para hallarlo en algunos momentos. Sin duda, no era el recorrido más sencillo del mundo, y le sorprendía que Kalen e incluso la pequeña Iless parecieran recorrerlo con frecuencia.

La mayoría de los aldeanos eran gente robusta, suponía. Y Kalen probablemente había llegado hasta allí simplemente por terquedad.

Una hora más tarde, con los muslos adoloridos por la velocidad poco natural que les había impuesto, Zevnie percibió magia. Miró a su alrededor, sin ver más que interminables extensiones de árboles perennes.

No era la sensación de la aurora en el cielo, esa corriente salvaje y sin domesticación de mana puro y magia de ruptura en medio de la atmósfera. No, esto tenía forma. Y era bastante potente.

Si no fuera por la inclinación del terreno que hacía tan evidente su dirección, Zevnie habría pensado que se había perdido en el bosque y que había regresado cerca de la aldea y del Maestro Arlade. La hechicera solía lanzar su magia de manera improvisada cuando estaba de mal humor, y esto parecía similar.

No puede ser Nanu. La anciana era astuta, pero ignorante y débil. ¿A menos que estuviera ocultando su poder por alguna razón?

Zevnie no veía por qué lo haría.

Había algunos magos de nivel medio en el pueblo en el otro lado de la isla. Quizá uno de ellos había llegado hasta aquí. ¿Para qué? ¿Para enseñar a Kalen?

Qué extraño. Seguramente no mentirían acerca de que Kalen tuviese un maestro. A Zevnie ni a Arlade les importaba.

La magia se intensificaba, luego disminuía, y volvía a surgir a medida que Zevnie avanzaba.

Bueno, alguien tiene mucha energía para lanzarla tan a la ligera. O quizás está borracho y enfrentándose a un oso.

Esto quizás no sea obra de un mago, ni siquiera de un hechicero.

Zevnie se sentía inquieta, pero metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó el amuleto de cristal en forma de calavera que acreditaba su aprendizaje. Si se trataba de un mago, era todo a su favor. No vendría del Hemarland, sino de algún lugar menos distante. Y reconocerían la advertencia claramente estampada en la magia sobre el cristal tallado.

Si herían a su aprendiz, Arlade Glimont, del Archipiélago, les haría mucho daño. Y ella lo haría mucho mejor, sin duda alguna.

Por precaución, Zevnie sostuvo la calavera frente a ella mientras se acercaba a la fuente del poder. La energía se acumulaba nuevamente.

Entró en una claro casi en su totalidad ocupado por un roca con la cima achatada. Una figura pequeña de cabello rubio se alzaba en el centro, de espaldas a Zevnie.

Miró alrededor buscando al otro practicante.

No había nadie más a la vista.

Entonces, un sonido rompió el silencio—la voz de Kalen. ¿Estaba cantando? ¿Recitando? Y sus manos, que colgaban sueltas a los lados, comenzaron a golpear sus piernas como si marcaran un ritmo.

La magia empezó a regenerarse. Hipnotizada, confundida y desorientada, Zevnie se encontró corriendo hacia las escaleras talladas en uno de los lados del peñasco. Subió a toda prisa.

Kalen no la había oído. Seguía cantando.

Eso es. Una canción, pensó Zevnie, con el corazón latiendo con fuerza. ¿Es esto un truco mágico? ¿Es un truco mágico, verdad?

No funcionaría. Por supuesto que no. Tonto pequeño del pueblo. Realmente no sabía nada.

Pero, ¿por qué hay tanta magia?

En el vientre de la tierra,

todo yace en la oscuridad.

Yo te traigo la luz.

Yo te traigo la luz.

Extrae el agua del aire,

porque te he traído a la luz.

Bebe lo que necesites,

porque te he traído a la luz.

Vive, oh chispa de vida.

Vive en la luz.

Vive.

Algunas palabras eran dures, otras suaves. Algunas líneas subían, otras bajaban. No sonaba exactamente bien. Pero sonaba cuidadoso. Pulido. Intencionado.

Una imagen cruzó la mente de Zevnie—el círculo de calefacción en la habitación de Kalen. Tan perfectamente pintado. TanExtrañamente impecable para ser obra de un niño.

Aunque nunca había aprendido un truco mágico ella misma, Zevnie hubiera apostado su alma en ese momento a que Kalen no había perdido ni una sola inflexión en su canto.

Pero no importa. No puede haber hecho nada.

¿Por qué... por qué hay tanta magia?

Los pies de Zevnie llegaron a la cima de las escaleras justo en el mismo instante en que Kalen dio un grito de satisfacción y se inclinó para recoger algo de la superficie de la piedra frente a él. Sujeta esa cosa contra su pecho.

¿Qué era? El truco no había funcionado. Zevnie sabía que no,

“¡Muéstrame lo que tienes!” gritó, corriendo hacia él.

Kalen giró. Sus ojos pardos estaban muy abiertos de shock. “Zevnie,” susurró, con un horror puro en su voz.

Pero ella ya había llegado hasta él. Agarró sus manos formando copas con ambas y él fue demasiado lento para detenerla. Demasiado tarde para esconder lo que había hecho.

En sus manos, Kalen, hijo de Jorn, sostenía una sola semilla. Un pequeño brote había emergido de ella y, mientras Zevnie observaba, una diminuta hoja verde se desplegaba y se extendía en busca del sol.

Todo ese poder para algo tan pequeño, pensó Zevnie. Le ardieron los ojos. Tal cosa insignificante, inútil y perfecta.

Kalen intentaba tartamudear una excusa. Zevnie no le prestaba atención.

“Maldito mentiroso,” dijo con voz temblorosa. “Ladrón. Has arruinado todo.”

Luego, extendió el brazo y le dio una bofetada tan fuerte como pudo.

Revision #1

Created 7 May 2026 04:49:39 by Alice Johnson

Updated 7 May 2026 04:49:43 by Alice Johnson